



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

EL DEBATE: DE LA «BUENA PRENSA» A LA PRENSA EXCELENTE

JUAN CANTAVELLA

Universidad San Pablo-CEU

El afán de muchos creyentes por imprimir y difundir la «buena prensa», que no era otra que la que llevaba el marchamo de católica, fue una obsesión en la que trabajaron muy activamente miles de ellos y que aunó muchas voluntades en los años finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX¹. Entre éstos llegó a representar un verdadero clamor la petición de que se pusieran los medios para que en España se fundara y consolidara un «gran

¹ Ya existe una apreciable bibliografía sobre esta cuestión, aunque nos encontremos lejos de lo deseable. En ese sentido debemos anotar las obras de Solange HIBBS-LISSORGUES (1995): *Iglesia, prensa y sociedad en España (1808-1904)*. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert y Diputación; José Leonardo RUIZ SÁNCHEZ (2002): *Prensa y propaganda católica (1832-1965)*. Sevilla, Universidad; Juan CANTAVELLA Y José Francisco SERRANO, eds. (2004): *Católicos en la prensa. Concepto y orígenes del periodismo confesional*. Madrid, Libroslibres; y el número monográfico de la revista *Aportes* n° 51 (2003) sobre «Dos siglos de prensa católica». Madrid, Editorial Actas...; estudios de Vicente Cárcel Ortí, José Manuel Cuenca Toribio, José Andrés-Gallego. También nuestro trabajo «Los primeros intentos de acercamiento de la Iglesia a la prensa», en las *Actas del III Congreso «Católicos y vida pública»*. *Retos de la nueva sociedad de la información*. Madrid, Fundación Santa María, 2002, t. II, pp. 947-964. Algunos artículos más serán citados en las páginas siguientes. Capítulo aparte merecerían los ensayos sobre la figura de Ángel Herrera y la trayectoria de *El Debate*.

rotativo católico» (expresión acuñada por estos años y con la que se aludía con frecuencia a esta necesidad): lo que se pedía era un diario que trasluciera el espíritu evangélico y que representara el sentir de la Iglesia, que llevara el pensamiento y las directrices de Papas y obispos a la sociedad española, que imprimiera el espíritu cristiano a la visión de la actualidad que ofrecería en sus páginas y, sobre todo, que marcara el rumbo a los creyentes de nuestro país, cuando se veían sacudidos por ataques —algunos extremadamente graves y dolorosos— desde muy distintos frentes. Creemos que una figura tan brillante de nuestro catolicismo, como es Ángel Herrera Oria, no se contentó con levantar su voz en esta dirección, es más, ni siquiera lo encontramos en el coro de quienes lo pedían insistentemente, pero actuó con sobresaliente eficacia para que, por fin, la Iglesia española pudiera dar una respuesta a lo que se solicitaba: *El Debate* fue su gran obra. Es evidente que este diario se alzó muchos palmos por encima de la «buena prensa» que trataban de implantar los católicos españoles.

Pero empecemos por el principio. Cuando el movimiento de la «buena prensa»² tomó fuerza entre nosotros comenzó a desarrollarse un trabajo abnegado que implicó a miles de personas, deseosas de extender el bien y oponerse contundentemente a los desplantes que la Iglesia estaba recibiendo. Por desgracia, las acciones que emprendieron fueron, durante muchos años, pobres y de escasa entidad, mal realizadas y estrechas de miras, enfocadas a la defensiva, que llegaron más bien tarde... pero también voluntariosas, muy extendidas y con ánimo de acercarse a todos, en especial a los sectores más lejanos y agresivos, dando argumentos para la discusión; llevadas por las manos, las mentes y el corazón de esos sacrificados propaga-

² Con este nombre se había desarrollado un hermoso proyecto en Francia, que trabajaba denodadamente y con un profundo arraigo. Su expansión entre nosotros le debe mucho a esta iniciativa.

dores que creían firmemente en la gran labor que podía y debía realizarse en este campo.

Da la impresión de que en un primer momento se trabaja sobre todo por el afán de multiplicar los medios, para que en cada localidad se haga notar su beligerante presencia y que surjan puntos de luz que hagan frente a los enemigos de que se ven rodeados, sin olvidar unos contenidos centrados en ofrecer la respuesta documentada y controvertida que aquellos merecen. Es una labor concienzuda y animosa que divulgó los impresos confesionales por todas partes, como no se habían visto hasta entonces, con lo que por fin entraba en nuestro país un aire muy distinto que superaba la pasividad anterior, aunque no fuera con el ímpetu y la sabiduría que se precisaba y que debían haber empleado desde el primer momento. Imitábamos movimientos que resultaban muy fructíferos en naciones vecinas, pero no sabemos si nuestra aportación era fruto de un convencimiento sobre el valor de la prensa, tan profundo como el que les movía allá.

Esta primera fase se despliega a través de las hojas volanderas de carácter popular y de la controversia más elevada en las revistas científicas, esas que cada orden religiosa quiere poner en circulación³. Tal actuación pronto es vista como alicorta respecto a los estímulos de los contrarios, ya que deja sin cubrir la parte central del espectro. Llega un momento en que se ve como indispensable el contar con grandes diarios de prestigio que infundan una perspectiva cristiana a los acontecimientos de actualidad: para entonces la prensa en general ha entrado en la fase informativa, superando por tanto la etapa ideológica, en la que sólo se buscaba el enfervorizamiento de los fieles,

³ La oferta comenzó por *La Ciencia Cristiana* (1877), en manos del seglar Ortí Lara, pero rápidamente entraron en liza la *Revista Agustiniiana* (1880, transformada en *La Ciudad de Dios* en 1891), la *Ciencia Tomista*, de los dominicos (1890), y *Razón y Fe*, de los jesuitas (1901).

el adoctrinamiento de los tibios y el ataque sañudo contra los opositores. En los años en que un nuevo siglo parece que arrinconará los modos y rutinas de la anterior centuria, también la prensa se instala en un enfoque distinto que rompe y supera lo anterior.

No tardará la jerarquía católica en impulsar la creación de diarios en sus respectivas sedes y a lo largo de aquellos años brotarán aquí y allá cabeceras que contrastan con la tónica dominante, no precisamente contraria en todos los casos, pero sí indiferente a las ideas que se juzgaban propicias y ortodoxas (son los periódicos neutros que tantas invectivas reciben en las asambleas eclesiales). Esos diarios irán ofreciendo un mensaje acorde con lo que la Iglesia quiere divulgar, sin que nos corresponda enjuiciar la forma de comportarse en la brega diaria y los resultados que obtienen con su respectiva dirección. Naturalmente cada uno adopta una marcha distinta y por lo general el arraigo ha sido lo suficientemente profundo como para llegar muchos al centenario y continuar flamantes (aunque la mayoría han escapado a la propiedad eclesiástica). Su carácter local o regional les impedía ocupar ese puesto director: nos estamos refiriendo a *El Correo de Andalucía* (Sevilla, 1899), *La Gaceta del Norte* (Bilbao, 1901) o *La Verdad* (Murcia, 1903)⁴.

Éste fue un escalón, importante en la implantación de la «buena prensa», pero que pronto se evidenció como insuficiente. Eran periódicos que tenían en algunos casos ex-

⁴ Pedro GÓMEZ APARICIO cita algunos más, que añadimos al elenco, aunque sean de menor entidad: *La Atalaya*, de Santander; *El Observador de Cádiz*; *El Triunfo*, de Granada; *El Diario de Ávila* y *El Pueblo Católico*, de Jaén (*Historia del periodismo español*. T. III *De las guerras coloniales a la Dictadura*. Madrid, Editora Nacional, 1974, p. 156). Entre 1904 y 1908, fechas en que se desarrollaron sendas asambleas nacionales de la Buena Prensa, aflorarán otros, como *El Diario Malagueño* y *La Defensa*, de Málaga; *La Gaceta del Sur*, de Granada; *La Gaceta de Mallorca*, de Palma; *El Tradicionalista*, de Gerona y el *Diario Regional*, de Valladolid.

celente acogida (en otros, no tanto), pero su círculo de influencia era reducido y no podían pretender que les tuvieran en cuenta los que se hallaban en las antípodas ideológicas. Su capacidad para abrirse a la sociedad no era precisamente arrolladora y en demasiadas ocasiones todo quedó en capillitas cerradas sobre sí mismas, porque su oferta adolecía de un corto alcance, empleaban un lenguaje pobre, trasnochado tal vez. A ello aluden Seoane-Sáiz cuando se refieren a «los pequeños periódicos católicos, anteriores a *El Debate* o coexistentes con él, muy numerosos, muchos de los cuales apenas superaban el espíritu de hoja parroquial, [que] contribuyeron a configurar la estrecha mentalidad del catolicismo español» y «más bien parece que el escaso éxito de la buena prensa se debía a que como tal prensa era muy mala»⁵.

Es la conclusión de los expertos, pero también el comentario irónico de algunos de sus contemporáneos. Por ejemplo, el periodista Julio Camba recrea un supuesto diálogo de confesonario, en el que el sacerdote amenaza al penitente con negarle la absolución en tanto no pida la baja de su periódico habitual (de carácter antirreligioso, o tal vez neutro):

«-Pero mire usted, Padre. Yo necesito enterarme de lo que ocurre en el mundo. ¿Cómo quiere usted que deje el periódico?

- Suscríbase usted a uno de la buena prensa.

- Eso no me compensará. La buena prensa ¡es tan mala!»⁶

⁵ María Cruz SEOANE y María Dolores SÁIZ (1996): *Historia del periodismo en España 3. El siglo XX: 1898-1936*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 25 y 121.

⁶ En este artículo, «El perro chico», Camba desliza sarcásticas pullas por el activismo de los curas de las aldeas a favor de estos periódicos y en contra de los «neutros»: *Playas, ciudades y montañas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1956, p. 37. Las duras críticas de los expertos o las burlas de los

Iniciativas de envergadura

No es extraño, por tanto, que en el contexto en que se desenvolvían este tipo de acciones y con las dificultades a las que debían enfrentarse se llegara a la conclusión de que era necesario poner en marcha iniciativas de mayor envergadura. Eran muchas las razones que apoyaban el que hubiera un gran periódico con una presencia sólida, dinámica, beligerante y que no se avergüenza de sus creencias. Sólo las vamos a enumerar: el anticlericalismo rampante, cada vez más presente en los ambientes populares; la descristianización que se percibe en amplios sectores de la población, especialmente obreros, pero que ya irrumpe en otros; el hacer frente a políticas antirreligiosas que realizan algunos gobiernos; la división política entre los creyentes, que favorece el ascenso de partidos contrarios a la Iglesia y ofrece una mala imagen ante la sociedad, lo que no ayuda en absoluto a los fines que la jerarquía se empeña en ver atendidos desde el poder.

En cualquier caso, se estima «la conveniencia de que la Iglesia como tal —se entiende que la jerarquía eclesiástica o, aún más exactamente, las fuerzas vivas católicas— contase con un órgano diario de expresión; diario, porque se comprendía que la intervención directa e inmediata de la prensa en la política se hacía por ese medio y, al menos, se reputaba necesario que gobernantes y gobernados recibieran criterio católico cotidiano para decidir sobre los asuntos de cada día»⁷. Pronto prendió la idea de que era indispensable poner en marcha un gran proyecto que au-

irreverentes tienen una base tan real que, con semejante o mayor dureza, se pueden encontrar en documentos de la propia Iglesia. Sólo hay que ver el «Informe sobre el estado de la prensa periódica en España», que redactó Alessandro Bavona desde la *Nunciatura en 1895* (Cf. Vicente CÁRCEL ORTÍ, 1988: *León XIII y los católicos españoles*. Pamplona, Eunsa).

⁷ Antón M. PAZOS y José ANDRÉS-GALLEGO (1992): «La Buena Prensa», en *Hispania Sacra* n° 44, p. 153.

nara voluntades y mostrara su visión cristiana a un gran número –los más posibles– de lectores. De lo que se trataba era de lanzar un «gran rotativo nacional». Esa fue la expresión que casi se hizo tónica y esa era la meta⁸.

Si se repasan los textos de la época en folletos y discursos, aparecidos en los ambientes de la Buena Prensa, se encuentra una petición insistente en esa línea, una especie de reto que era visto como muy difícil, al tiempo que absolutamente indispensable si se quería seguir progresando en aquella labor. Consideraban que era la forma más eficaz para avanzar en tal apostolado, pero también un desafío para los católicos españoles. Pensaban que una masa de creyentes como se contabilizaba en España, con un volumen notable de realizaciones y de obras sociales, de presencia pública en todo los órdenes de actividad, de influencia en gobernantes y gobernados hasta un punto impensable en muchos países occidentales de tradición cristiana... (que sin embargo no recibían la consideración acorde con su peso y valor) no podía carecer de un instrumento tan potente y decisivo como era un gran diario que sirviera de portavoz de la jerarquía ante toda la sociedad.

Al clamor se llega tras las insistentes peticiones en este sentido, o sea, por la suma de voces que se van haciendo escuchar en los foros confesionales que se celebran por estos años. Una y otra vez el tema es reclamado por los cris-

⁸ Gómez Mompart explica a su manera este proceso: «Primero se organizaron campañas para combatir la "mala prensa", como tildaban a "tan funesto enemigo". Después se articuló una estrategia para intentar recuperar la iniciativa del control de la mentalidad popular, porque "nuestros adversarios han logrado apoderarse del espíritu de las masas" (Reig y Casanova). Y ello se llevó adelante mediante un control severo de los periódicos afectos y, finalmente, a través de la creación de auténticos medios de comunicación de masas, como el diario *El Debate* o la agencia Prensa Asociada» (en Jesús Timoteo ALVAREZ y otros: *Historia de los medios de comunicación en España*. Barcelona, Ariel, 1989, p. 34).

tianos que se reúnen para tratar cuestiones generales y, claro está, en las específicamente periodísticas. Así, nos podemos remontar a las conclusiones que fueron aprobadas en el I Congreso Católico Nacional (Madrid, 1889), pues la undécima señala que se «ha estimado necesaria y de importantísima utilidad la publicación de un diario católico que, manteniéndose neutral en las diferencias que pueda haber entre los demás diarios católicos que revisiten carácter político, se consagre exclusivamente al servicio de la Iglesia y a la defensa de sus derechos»⁹. El arzobispo de Toledo, monseñor Sancha, quiso que se realizara una derrama económica para este fin, en la que participaran todas las diócesis (1898). Cuando llegamos al quinto Congreso Católico Nacional (Burgos, 1899), todavía se habla de ello, incluso hay intentos de materializar esta iniciativa a la sombra del movimiento congresual, como veremos más adelante¹⁰.

Donde especialmente se puso de relieve esta preocupación fue en las primeras Asambleas Nacionales de la Buena Prensa. En la celebrada en Sevilla (1904) no se había

⁹ *Crónica del primer Congreso Católico Nacional Español*. Madrid, Tipografía de los Huérfanos, 1889, t. II, p. 564.

¹⁰ Pazos/Andrés-Gallego, p. 154. En la Sección segunda del Congreso se estudia el «Modo de conseguir que se funde y tenga gran circulación un diario católico, sin determinado color político». Sobre esta cuestión presenta una propuesta el sacerdote Maximiliano Arbolea, que conocemos de forma resumida: «Después de una breve introducción, donde demuestra el autor la necesidad de que los católicos españoles tengamos un diario como los franceses tienen *La Croix* y los italianos *La Voce*, pasa a estudiar cómo podremos llegar a conseguirlo (...). Conviene que el diario católico esté inspirado en un criterio intransigente en las verdades definitivamente adquiridas, que expondrá con toda claridad, pero muy abierto en las cuestiones discutibles (...). La redacción estará formada por gente joven, independiente, que no haya figurado en ningún partido, para que el periódico inspire confianza a todos y nadie tema hallar en él exclusivismos incompatibles con sus particulares ideas» (*Crónica del V Congreso Católico Español...* Burgos, Imprenta de Polo, 1899, pp. 408 y ss.).

pensado en abordar directamente el tema –como reconocen los organizadores– y, si se hizo, fue a causa del interés manifestado por los asistentes, que presentaron varias memorias sobre ello, concretamente trece, que abordaban de lleno esta cuestión (más un sinfín de alusiones al hablar de otros aspectos). En consecuencia se añadió un punto de estudio, que se bautizó con el nombre de «Rotativo católico», «donde se ve claramente la aspiración universal de los católicos españoles», que es «la necesidad que tenemos en España de un gran Periódico Católico de información que prescinda de todo color político». A pesar de una confluencia de pareceres tan proclive a este proyecto, no se alcanzó consenso en la puesta en funcionamiento de la idea, como se desprende de la única conclusión aprobada al respecto: «Sería convenientísima la fundación de un gran rotativo católico para contrarrestar los estragos de la prensa rotativa anticristiana; pero, ante la dificultad de estudiar detenidamente el asunto por la premura del tiempo, y resolver de plano las dificultades que puedan suscitarse en el orden práctico, la Asamblea se abstiene de tomar un acuerdo definitivo»¹¹. Es evidente que una cosa es conseguir la concordancia respecto a la necesidad del medio y otra muy distinta el lograr colocarlo en los quioscos¹².

¹¹ *Crónica de la Asamblea Nacional de la Buena Prensa* (2 vols.). Sevilla, Imprenta de El Correo de Andalucía, 1905, t. II, pp. 7, 8 y 462.

¹² Es lo que insinúa Hibbs-Lissorgues cuando se refiere a esta cuestión: «Son muy reveladoras de las resistencias de la Iglesia ante “las consecuencias prácticas” acarreadas por la creación de ilustraciones y rotativos católicos, las conclusiones adoptadas en el transcurso de la Asamblea. Se formula una constatación de impotencia y se posterga, para una fecha indeterminada “la fundación de un gran rotativo católico” y la “creación de nuevas revistas ilustradas”...» De todo ello concluye que «a finales de siglo se había postergado la creación de una prensa buena para defender, en prioridad, la “buena prensa”» (p. 248). Esta falta de consenso también se pone de relieve en un folleto muy crítico con lo sucedido en dicha Asamblea: Cf. Francisco M. Cruz: *La cuestión de la Buena Prensa*. Valencia, Biblioteca Española, 1905.

En este sentido hay que decir que, a nivel oficial, no maduraron mucho más los proyectos para la Asamblea Nacional de la Buena Prensa de Zaragoza (1908) respecto a la anterior. El tema no es abordado de forma directa en ninguna de las ponencias propuestas, ni se le da siquiera un lugar en las comisiones de estudio que se formaron al calor de aquellas y, sin embargo, se trabajó muy activamente para lograr que se pusiera en marcha una agencia de noticias. Consecuentemente no hay ninguna conclusión que manifieste el afán de materializar el proyecto. ¿Cuál fue la causa de semejante marginación? No es posible saberlo, pero no es difícil concluir que había discrepancias respecto a la realización (estaban casi todos de acuerdo en la conveniencia) y que los promotores no se arriesgaron a proponer una cuestión que no iba a recibir el beneplácito y el aplauso unánime de la concurrencia.

Nos hallamos ante encuentros que no buscaban expresamente el estudio de los problemas prácticos ni la toma de decisiones para la actuación inmediata, sino que se dirigían a lo que podríamos calificar como actividad de animación, de enfervorizar al público para que se situara con plena conciencia ante la realidad, para que de ahí se desprendieran de forma natural unas actuaciones generales. Se prefería que determinados proyectos quedaran para la discusión privada y en modo alguno someterlo a la pública, puesto que las discrepancias iban a ser tan sonadas que echarían por tierra la unanimidad que se esperaba alcanzar allí y se iban a proyectar hacia la sociedad (lo contrario desanima a los amigos y regocija a los adversarios y en este tiempo no hay matices, sino división maniquea en la sociedad)¹³.

¹³ Juan M^a GUASCH BORRAT aprecia el escaso entusiasmo por esta iniciativa en las Asambleas de la Buena Prensa en Sevilla y Zaragoza: «Los fallidos intentos, los recelos de los periódicos católicos que tenían su compromiso político, fueron la causa de la en la Asamblea de Sevilla sólo se insinuara esta posibilidad en una de las conclusiones sin pronunciarse

Otras propuestas

A pesar de todo, el tema surge aquí y allá, en el ámbito de esta asamblea; sobre todo, entre las memorias no encuadradas en las secciones orgánicas. Uno de los asistentes propone la «fundación de un gran rotativo que se dé con economía y pueda combatir en la calle con los periódicos impíos, supliendo la diferencia con el exceso de tirada, pues la mitad, quizá, de los lectores de la prensa liberal se llaman católicos y comprarían esa prensa si estuviera a la mano en todas partes» (p. 276)¹⁴. Otros dos, al menos, plantean propuestas similares. Sin embargo, hay sugerencias de carácter muy distinto, como la del representante de un semanario, quien no se priva de señalar «la inoportunidad de fundar un rotativo, diciendo que lo más acertado es trabajar en cada periódico católico de los ya fundados, para ensanchar su campo de acción hasta obtener tal número de lectores que lo transforme en rotativo» (p. 338); el que urge la creación de periódicos pequeños y económicos para el obrero (p. 348) o el que aboga claramente por la descentralización y ve como más necesario el que cada diócesis o región cuente con un periódico, antes que un gran medio para todos, quizás porque se le ve más elevado ante las preocupaciones de las personas concretas y alejadas (p. 354).

Otra persona que también hizo oír su opinión en línea con el sólido rotativo que se demanda fue el obispo de Jaca, mons. Antolín López Peláez (en 1913 sería promovido al arzobispado de Tarragona), destacado adalid de la prensa católica, conocido en toda España por la invitación per-

sobre el modo de llevar a cabo este proyecto» («*El Debate y la crisis de la Restauración (1910-1923)*». Pamplona, Eunsa, 1986, p. 44).

¹⁴ Esta y las siguientes referencias a páginas corresponden a la *Crónica de la segunda Asamblea Nacional de la Buena Prensa...* Zaragoza, Tipografía La Editorial, 1909.

manente a que los creyentes se involucraran en este apostolado. No vamos a detenernos en la explayación sobre esta figura, puesto que hemos descrito su trayectoria en otro lugar¹⁵, pero lo traemos a este espacio porque en sus múltiples trabajos sobre la vinculación de los cristianos a los periódicos (algo que él urgía con todas sus fuerzas), destaca un folleto sobre *El gran rotativo católico*. No hemos podido encontrar ningún ejemplar, pero a la vista del título y alguna que otra referencia sobre su contenido en otras publicaciones, no es difícil deducir que la tesis allí defendida es apoyar la creación y el mantenimiento de un buen diario en España, dispuesto a defender la causa del catolicismo.

En otros de sus múltiples libros sobre la prensa hay alusiones a la conveniencia de contar con un medio excelente para hacer frente a la oferta contraria y a la dispersión propia. Conocido es el estímulo que proyecta sobre sacerdotes, seminaristas y mujeres para que se entreguen con ansia a este apostolado; pues bien, es capaz de sugerir en uno de sus libros que lo mejor que podrían hacer muchos de los canónigos es obtener la dispensa de asistencia al coro catedralicio para dedicarse con todo su ímpetu a la tarea de sacar adelante ese anhelado periódico católico¹⁶.

A la vista de que el clamor era poderoso y persistente, pero nada se avanzaba en su realización, habría que insistir en lo que antes ya sugeríamos. El problema no es tanto de dinero ni de personas (que también), sino fundamentalmente de dificultad institucional para ponerse de acuerdo en cuestiones políticas de principio y de aplicación práctica a las realidades de cada día. Un documento jerárquico puede contemplar el mundo desde las alturas y exponer

¹⁵ «Monseñor López Peláez y su impulso a la prensa católica», en *Prensa y periodismo especializado II*. Guadalajara, Asociación de la Prensa, 2004, pp. 221-234.

¹⁶ Antolín LÓPEZ PELÁEZ (1914): *Los trabajadores en el periodismo católico*. Astorga, Impr., lit. y librería Fidalgo, p. 174.

la doctrina con toda clase de matizaciones y distinguos: a un diario, por lo contrario, no le está permitido detenerse en las regiones etéreas, sino que debe aterrizar en cada uno de sus números a las luchas del momento. Si el primero encuentra ciertas dificultades para concitar la unanimidad, ¡qué no le ocurrirá al segundo!

Había cuestiones de envergadura y otras menudas, pero las discrepancias entre los creyentes que podían arrimar el hombro para contar con un medio periodístico sólido e integrador eran considerables. Si nos referimos a las primeras, hay que mencionar el despego de muchos católicos en la aceptación de la monarquía reinante y la falta de unidad entre ellos a causa de los planteamientos políticos (por eso se discutía en las asambleas y asociaciones sobre los partidos que merecían ser apoyados desde la prensa confesional y que todos los católicos formaran un partido propio compacto). Lo que pretendían muchos era la estricta coincidencia entre la religión y la política contingente y eso no era posible. Es más, si siquiera resultaba deseable. Pero un sector de los católicos españoles llevaban décadas martilleando sobre ese clavo, a despecho del magisterio pontificio¹⁷.

¹⁷ Lo advirtió con claridad León XIII en su encíclica *Cum multa* (1882), donde precisaba: «Hay que huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la religión con un determinado partido político, hasta el punto de tener poco menos que por disidentes del catolicismo a los que pertenecen a otro partido. Porque esto equivale a introducir erróneamente las divisiones políticas en el sagrado campo de la religión, querer romper la concordia fraterna y abrir la puerta a una peligrosa multitud de inconvenientes» (*Doctrina pontificia II. Documentos políticos*. Edición de José Luis Gutiérrez García. Madrid, BAC, 1958, p. 131). A juicio de Juan M^a Guasch Borrat, la idea de que los católicos se unieran «arrancaba en su origen de la Santa sede, que contempló el triste espectáculo del enfrentamiento entre los católicos por razones meramente políticas. No era sólo el hecho de militar en partidos diversos, era la experiencia negativa de las mutuas descalificaciones que como católicos se hacían entre sí. La mayor responsabilidad de semejante actitud hay que atribuirla al tradi-

En cuanto a los problemas menudos, las dificultades para ponerse de acuerdo respecto a los tipos y enfoques de la información no son menos peliagudos. Los periódicos contrarios y los neutros cuentan con redacciones compactas y rodadas que saben salir al encuentro de los lectores no solamente con proclamas, sino con noticias, entrevistas y reportajes que afrontan la actualidad con talante abierto y modos atractivos. Esa libertad de ánimo y la agudeza en la presentación no se conciben a veces desde nuestro sector y eso empequeñece la oferta y la hace poco atractiva. Hay que leerse las memorias de las asambleas de la Buena Prensa para caer en la cuenta de las nimiedades que les preocupan y cuán lejos se hallaban muchos de sus promotores en relación con lo que debe ser un periódico informativo, sea católico o no¹⁸.

cionalismo, especialmente al sector integrista, empeñado en asimilar el carácter católico del Estado a una forma muy determinada de proyecto político» (p. 10).

¹⁸ Por ejemplo, la Asamblea de la Buena Prensa de Sevilla dedica el punto cuarto de la sección III a señalar «hasta dónde se puede llegar en la publicación de crímenes y espectáculos mundanos». De esta manera se detalla la atención que es lícito dedicar a cada tipo de delitos: nuestros periódicos pueden ocuparse de homicidios y suicidios, pero no así de los crímenes deshonestos. Veamos cómo hay que informar de los pasionales, sobre los que importa aplicar las siguientes advertencias:

a) Nunca se dará señal de aprobación, sino siempre se dejará entrever que se reprueba el acto.

b) No se hará del criminal un héroe.

c) Podrá, no obstante, mostrarse conmiseración con el autor del crimen, sobre todo si se muestra arrepentido.

d) Se describirá el crimen de manera que parezca aborrecible a los lectores.

e) No se presentará al reo como víctima de la justicia» (*Crónica de la Asamblea...*, 1905, t. II, pp. 465-6). Casi palabras textuales de este encuentro utiliza Fernando CARRO al explicar cómo debe desarrollarse el trabajo de los periodistas en los medios confesionales: «Convendrá y será preciso que en la forma más práctica y apropiada en cada caso se haga resaltar siempre lo abominable, horrible y detestable de la acción criminalosa, cualquiera que ella sea, de tal suerte que el lector conciba la ma-

Puestas así las cosas, parecía que una incitación de este tipo no iba a llegar muy lejos y, sin embargo, es seguro que algunas personas se sintieron afectadas por la insistente demanda y no dejaron caer en saco roto aquella petición. A partir de ahí es cuando se producen los primeros intentos de levantar un armazón poderoso en esta dirección; lo que ocurre es que pronto se apreciarán como fallidos. Así hay que hablar de *El Movimiento Católico*, que surge como revista con dos apariciones semanales desde 1888 para preparar la celebración del I Congreso Católico Nacional que tiene lugar al año siguiente: pasará después a publicarse diariamente (de 1889 a 1899), pero sin lograr una implantación poderosa ni superar los posicionamientos políticos que dividen a los católicos. A este intento le sucede *El Universo* (1900), que si bien continuó saliendo hasta 1926 no logró aunar las fuerzas confesionales, como se estaba reclamando desde todos los ámbitos¹⁹. La demanda insatisfecha continuaba haciéndose oír y hay una constatación expresa de tal influjo en las páginas de *La Gaceta*

por aversión y repugnancia hacia el crimen» (*Catecismo de la Buena Prensa*. Zaragoza, Tipografía La Editorial, 1914, p. 53). Estas obsesiones afectaron al director y a la redacción de *El Debate* y en cierta ocasión afloró la queja: «La masa, muchas veces más certera que los directores, concebía y ansiaba una gran periódico defensor y propagandista de la doctrina católica, pero que fuese, desde luego, "periódico", órgano de información, de toda la información que desea y necesita un hombre de nuestro tiempo. El enunciado parece pueril. ¡Ah! Las gentes de ahora, los que no saben cómo se discutía en las primeras Asambleas de la Buena Prensa si se debía dar o no noticias de los suicidios, o de ciertos crímenes, o de actuaciones políticas de los adversarios; quienes no han sufrido protestas airadísimas de personas rectamente intencionadas, a quienes parecían atrevimientos ilícitos informaciones que una sana moral no reprueba...» (*El Debate*, 9 de febrero de 1933, p. 1).

¹⁹ Para su aparición trabajó mons. Tomás Cámara, agustino y obispo de Salamanca, que se distinguió por su interés en este campo. Gómez Aparicio atribuye a esta publicación «la inercia de la mayor parte de los diarios católicos de entonces», que en resumen eran «pobres de información, ricos en artículos doctrinales y, como consecuencia, de circulación escasa y de eficacia dudosa» (p. 156).

del Norte, cuando anuncia que se ha hecho con una cabecera llamada *El Debate*: «¿Qué es lo que *La Gaceta del Norte* ha comprado a muchos kilómetros de distancia de Bilbao...?» (18 de octubre de 1911). Hay que hacer notar también el impulso que proyectó a los "bilbainos" el obispo de Jaca, el ya citado Mons. López Peláez²⁰.

Dar respuesta

Estas fueron algunas de las peticiones que entonces se formulaban y a las que Ángel Herrera quiso dar respuesta a través de ese diario que muchas voluntades se habían concitado para ponerlo en sus manos. La conciencia de esta misión se pone de relieve en las palabras de despedida que le ofrece el diario en 1933: «He aquí que en ese puesto ha vivido veintidós años, porque era su providencial misión hacer realidad el gran anhelo de los católicos españoles, acariciado casi inmemorialmente, y tras varios fracasos, juzgado de imposible realización; crear lo que entonces se llamaba el gran rotativo católico nacional»²¹. La solidez de que hizo gala a lo largo de los años, la honradez, entrega, innovación, independencia de su trayectoria (a despecho de los defectos en que incurrió, puesto que también los tuvo) son cualidades que confirman hasta qué punto Herrera Oria y sus colaboradores hicieron realidad la pretensión de aquellos seguidores del movimiento de la Buena Prensa.

No solamente lo decimos nosotros, sino que hay una gran coincidencia de autores en señalar y remarcar esta realidad. La relación que podríamos aportar sería larga,

²⁰ Guasch Borrat, pp. 93 y ss.

²¹ «D. Ángel Herrera deja de dirigir *El Debate* para presidir la Junta de Acción Católica. Periodista católico, hombre de acción», en *El Debate*, 9 de febrero de 1933, p. 1).

pero basten algunas afirmaciones de estudiosos. Lo vemos en la obra de Gómez Aparicio y en la de Seoane-Sáiz. El primero, después de insistir en el fracaso que había supuesto el intento de dotar a España de una prensa católica (tímida y alicorta, inexperiencia e improvisación, más atenta al número que a la eficacia), subraya con énfasis esos «dos ensayos aleccionadores y fecundos de la transformación vital, que los nuevos tiempos exigían, de la hoja cominera y polémica en el gran periódico de empresa», que para él son *La Gaceta del Norte* y *El Debate*, «los dos primeros periódicos católicos con verdadero aliento de renovación y de modernidad que ha conocido España» (p. 161). Por su parte, aquellas autoras explican cómo «en los años del cambio de siglo, de acuerdo con las directrices pontificias, se despierta en la jerarquía española la obsesión por crear una *buena prensa*. Pero, lastrada por sus prejuicios contra el medio, no acierta a utilizarlo. Lo logrará la Asociación Católica de Propagandistas, bajo la dirección de Ángel Herrera que, al hacerse cargo en 1911 de un pequeño periódico en apuros, creado en 1910, hará de *El Debate* el primer gran diario católico español a la altura de los tiempos» (op. cit., p. 33)²². Después de lo cual manifiestan una opinión contundente en línea con la tesis que defendemos en este trabajo: «Hasta él la *buena prensa* lo había sido en las pías intenciones. *El Debate* fue además de un "buen periódico" un periódico bueno, con buena información, buena colaboración, con una redacción racionalmente organizada» (p. 123).

Otra demostración incontestable de que Ángel Herrera aspira a convertir en realidad lo que en algunos autores y colectivos no eran sino peticiones insistentes, pero sin que se consiguiera avanzar mucho en esa dirección, la consti-

²² Frase que repite casi literalmente más adelante: «El que pronto llegaría a ser el primer diario católico español a la altura de los tiempos» (p. 122).

tuye su decisión de poner en marcha una agencia de prensa, bien formada y con una actuación profesional, que supiera esta carencia en el sector periodístico católico, cuando ya se veía que la agencia Prensa Asociada no tomaba el vuelo que muchos esperaban de ella. Así nació Logos y su larga vida -no concluida hasta que se produjo la hecatombe que dio al traste con toda la Editorial Católica- da prueba de la consistencia con que sus fundadores supieron dotarla.

Tanto el diario *El Debate* como la agencia Logos nacen al calor del clima creado por los seguidores del movimiento de la Buena Prensa, que demandaban el que se actuara profesionalmente (desde la perspectiva periodística y la empresarial), pero su acción hay que encuadrarla en el talante eficaz y resolutorio de hombres como Herrera Oria o los promotores de *La Gaceta del Norte*. La petición era insistente desde varios estamentos y tribunas de la Iglesia, pero si tuviéramos que haber esperado a que éstos se pusieran de acuerdo para llevarlo a cabo, todo se habría diluido en comisiones, propuestas y desconfianzas prácticas. Había que asumir responsabilidades individuales y lanzarse al agua, a sabiendas que luego serían seguidos por muchos y que tendrían que arrostrar las críticas de quienes no hacen, pero tampoco dejan hacer. De esa manera la idea del rotativo católico fue realidad más pronto de lo que habían imaginado los partidarios y con más solidez de lo que nunca soñaron los indecisos. Ese es el mérito que cabe atribuir a la valía y entrega de quien se hizo cargo de la dirección, sin que en esos momentos entrara en sus planes el entregar largos años de su vida a este ministerio apostólico.

Claro está que, aparte de esa necesidad que se hacía sentir desde mucho tiempo atrás y que hace referencia a las causas genéricas señaladas al principio de este trabajo, hay que mencionar que en aquel año 1911 concurren algunas circunstancias políticas que ayudaron a que se die-

ra un salto cualitativamente tan importante en el desarrollo de la prensa católica. Como suele ocurrir, lo que más une es sentirse agredido desde fuera y esa es la sensación que tuvieron muchos grupos ante el Gobierno de José Canalejas. Llegado al poder tras la falta de entendimiento entre Alfonso XIII y Antonio Maura y el escaso fuste que representaba Segismundo Moret, pronto se distinguió por una actitud que muchos católicos consideraron agresiva y, por lo tanto, había que presentar un frente unido y combativo, que hiciera saber al poder político lo que suponía el catolicismo en nuestra patria. Ángel Herrera explica que «surgió la idea de fundarlo [*El Debate*] en la campaña organizada en 1910 contra la persecución religiosa de Canalejas»²³. Aún así no fue fácil disponer de un diario, pues al joven propagandista que estaba seguro de que le serían facilitados los medios económicos para la compra de una cabecera en apuros y para echar a andar, se le puso la búsqueda tan cuesta arriba que al final tuvo que reconocer su incapacidad para aportar lo que se había pactado en un principio. La operación salió bien casi por casualidad y contando con la generosidad y las ideas claras de los socios vascos²⁴.

²³ «En el cincuentenario de *La Gaceta del Norte*» (11 de octubre de 1951), en *Obras Completas II*. Madrid, BAC, 2002, p. 391. José-Leonardo Ruiz lo explica así: «La creación de un diario de amplia difusión, dependiente de la Iglesia, tardó en llegar. La profunda división de los católicos españoles entre los que aceptaban el régimen constitucional y los declarados rabiosamente antiliberales hacía necesaria la medida (para buscar la concordia) pero, al mismo tiempo, era la causa que la impedía (...). A pesar de los esfuerzos invertidos en uno y otro medio, la empresa, la creación de un destacado rotativo católico de ámbito nacional, terminó por fracasar; hubo de esperar a una coyuntura más propicia como fue la segunda década del siglo XX, cuando arreciaba el vendaval en torno a Canalejas» (pp. 23-24).

²⁴ Como se sabe, por la cabecera pagaron veinticinco mil pesetas y Urquijo y Herrera decidieron constituir un capital de cien mil pesetas para dotar al periódico de estabilidad económica: el primero aportó la mitad, pero el segundo se consideró incapaz de hacer lo propio. Los editores de

Evidentemente Ángel Herrera y *El Debate* no defraudaron a todos esos creyentes que aspiraban a contar con algo más que hojas sueltas y minúsculas para extender sus convicciones y contrarrestar la mala semilla que esparcían los que profesaban ideas contrarias²⁵. Desde 1911 los católicos españoles pudieron disponer de un gran diario, con el que a grandes rasgos se identificaron y donde encontraron el coraje necesario para hacer frente a las adversidades. ¡Ojalá todas las publicaciones que surgieron del movimiento de la Buena Prensa hubieran tenido el aire moderno, sensato, equilibrado, digno y defensor de lo que merecía ser apoyado que tuvo *El Debate* a lo largo de esas dos décadas y media de existencia!

La Gaceta del Norte prefirieron, a la vista de la situación, donar al periódico a los propagandistas, lo que se materializó el 31 de octubre de 1912.

²⁵ Aunque no se cita a *El Debate*, el *Catecismo de la Buena Prensa* (1913) de Fernando Carro presenta un panorama optimista de los logros habidos en este campo durante aquellos años: «En muchas regiones y provincias, los diarios católicos no sólo tienen vida propia, sino que son los de mayor tirada, circulación y venta. No pocos de esos diarios que, en un principio, eran mirados con menosprecio y compasivo desdén por las gentes, hoy son verdaderamente populares». Más adelante, aún reconociendo que falta bastante para alcanzar la meta, se reafirma la visión optimista: «Si se mira a lo que ya se ha hecho, especialmente teniendo a la vista las dificultades vencidas, los obstáculos superados, los prejuicios desvanecidos y las contradicciones dominadas, podemos efectivamente alegrarnos, bendecir a Dios y cantar victoria». (pp. 164-6).